



www.loqueleo.com

© 2011, Edgar Allan García
Título original: *333 Micro-bios*

© De esta edición:
2019, Santillana S. A.
De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín
Teléfono: 335 0347
Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central
Teléfono: 461 1460
Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-749-8

Derechos de autor: 027258

Depósito legal: 003807

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Actividades: Francisco Delgado Santos

Corrección de estilo: Alejo Romano (libro) y Gabriela Tamariz (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Nanocuentos

Edgar Allan García



loqueleto



*Este libro va, como siempre,
para los hijos de mi corazón:
Juan, Alejandro, Solsiré y Saraluz.*

*También para mis amados
Emilia, Cami y Panchito.*

Índice



| | |
|----------------------------|-----|
| Nanocuentos | 11 |
| Cuaderno de análisis | 135 |

1

Ella dijo «sí», pero quería decir «tal vez», y «solo si te acercas y me demuestras que me quieres». Él dijo «yo también», pero lo que quería decir era que tenía miedo y que si ella le esperaba un poco más, él caminaría a su ritmo. Ella dijo «vamos», pero lo que en el fondo quería decir era «preferiría quedarme aquí, en silencio, mirando juntos el paisaje». Él dijo «está bien», pero lo que en realidad quería decir era «es demasiado pronto, mejor me voy». Ella dijo «te amo», pero lo que se moría por preguntar era «¿me amas?». Él respondió «yo también te amo», pero lo que su corazón quería confesar era «no tengo idea de lo que es amar».

11

2

«Hombre fue alcanzado por un rayo», decía la prensa, pero el titular era inexacto. Solo unos cuantos sabíamos que, cada vez que se desataba una tormenta sobre la ciudad, el vecino de la casa de al lado se desnudaba, salía al patio de su casa y corría alrededor de un grueso eucalipto gritando y cantando hasta que la lluvia cesaba. Era un ritual extraño del que toda mi familia disfrutaba como si asistiera al circo. Por eso les digo que en el fondo el titular no decía la verdad: a él no lo alcanzó un rayo, no, fue él quien finalmente alcanzó lo que siempre había buscado.

3

«Lo sé todo», alardeó el diccionario; «solo tengo una duda», le dijo a la poesía: «Sé qué eres, pero no sé quién eres». La poesía contestó: «Soy el indicio de que algo le sucedió a alguien en alguna parte; la evidencia física del ojo metafísico; el sedimento de las palabras y el faro que las alumbraba; no tengo huesos sino sangre; tampoco pretendo explicar nada». «Estás loca», gruñó el diccionario. «Y tú, cuerdo», rio la poesía.

12

4

Lo que ella en verdad amaba de él era su forma de ser cuando estaba con él. No era entonces él, en tanto persona específica, lo que a ella le atraía, sino su potencial transmutatorio, esa misteriosa capacidad para activar en ella su verdadero yo. La paradoja consistía, por tanto, en que lo que amaba de él era que, junto a él, ella podía amarse a sí misma.

5

No sabía por qué lo habían invitado a él, un escritor entre muchos, a esa cena de gala en homenaje al nuevo alcalde, pero igual asistió, quizá por curiosidad, vestido con su chaqueta marrón y sus jeans descoloridos. Se sentó en la primera mesa que encontró, en medio de invitados elegantes que lo miraban con recelo, y, quizá por eso, al entrar al salón, el político se detuvo y le preguntó quién era. El escritor

solo atinó a decirle que, al igual que él, se ganaba la vida inventando mentiras para la gente.

6

El hombre no pudo resistir la tentación de terminar con la caja de chocolates que el médico le había prohibido, solo que esta vez no tuvo ningún malestar al final de la tarde, y en la noche durmió profundamente, como hacía tiempo no le sucedía, y la mañana siguiente se abrió como si una mano invisible arreglara los asuntos pendientes y dispusiera a las personas adecuadas en su camino, y al mediodía sintió que una extraña ráfaga de felicidad le invadía de pies a cabeza, mas cuando vio a la muerte venir segura, inevitable, anodado solo atinó a pensar: «Qué raro, no hubo ninguna señal».

13

7

Cuando una noche escuchamos cantar al prisionero en la celda en que lo habíamos encerrado, supimos que, en el fondo, él no era un monstruo, como nos habían asegurado, sino alguien como nosotros, abismado por las mismas penas y alegrías. Su canción, cuya letra no entendíamos, sonaba melancólica, pero de forma inesperada levantó la voz muy alto, como si se encontrara conteniendo un grito de dolor. Yo me estremecí tanto que esa noche olvidé ponerle el cerrojo a su puerta.

8

Augusto Monterroso leyó su cuento considerado el más pequeño del mundo: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí». La gente del auditorio aplaudió encantada, sorprendida ante un objeto tan frágil y refulgente como una miniatura china. Temblando de envidia, un escritor, entre el público, le increpó: «¡Eso no es un cuento!, ¿cómo se le ocurre decir que es un cuento?». Augusto pareció dudar un segundo, pero enseguida respondió con aplomo: «Tiene razón, señor, no es un cuento, es una novela». Bajo el estruendo de las risas, el envidioso despertó; para su sorpresa, Augusto Monterroso todavía estaba ahí.

14

9

Una bala perdida lo había matado al atravesar la calle, pero, sin darse cuenta, él seguía corriendo lleno de angustia, corriendo porque otra vez estaba atrasado, corriendo porque esta ocasión el jefe podía cumplir su amenaza de despedirlo y entonces qué sería de su vida, qué.

10

A la hora de la verdad, él se aferró a la cornisa y se negó a aprender a volar como los otros. «Prefiero mil veces la seguridad», dijo, «a la dudosa libertad del vuelo». Ha pasado el tiempo y él sigue en la misma cornisa del mismo edificio.

Es, según dicen, el ángel más longevo, pero también el más triste de todos los de su especie.

11

Ella aceptó tomar un té en el departamento de él porque creyó que la amable invitación del que horas más tarde sería su asesino era una demostración de que ella le gustaba mucho, y quiso saber cómo era en verdad aquel hombre de mirada taciturna y gestos pausados. Él vio en su aceptación el signo inequívoco de que ella no era la mujer que él había pensado sino una cualquiera, otra más que aceptaba la invitación del primero que se le cruzara por delante.

15

12

El poeta le susurró al oído: «El hilo de agua que ahora mismo nace del deshielo no tiene idea de que algún día será un río poderoso que inundará las sabanas y llenará de vida los desiertos. Te digo esto porque lo que ahora te daré no es un beso, sino un hilo de agua». Entonces ella bebió de él y él de ella.

13

Le pregunté a mi abuela quién había sido su abuelo, es decir, mi tatarabuelo. Ella me contó que había sido un marinero llegado de las Canarias, pero que, por desgracia, no

recordaba más. Por la noche, mi abuela me explicó que no había sido un simple marinero sino un capitán de barco que había llegado al país en una misión especial, secreta. A la mañana siguiente, dijo que en realidad había sido un mariscal del ejército prusiano y que su misión consistía en ver la posibilidad de invadir estas tierras para el antiguo imperio. Me llené de dudas y aproveché que mi abuela había salido al jardín para hurgar en su ropero. En un cajón, entre un puñado de fotos viejas, al fin lo encontré: allí estaba mi tatarabuelo con pinta de arriero, con los correajes de una mula escuálida en la mano. «Mierda», me dije, «se acaba de echar a perder mi árbol genealógico, ¡vieja mentirosa!, ¡mitómana!». De regreso a mi cuarto, me puse a pensar en cómo le explicaría a mi novia que mi tatarabuelo no había dirigido la caballería contra los franceses en Waterloo.

14

Los muchachos que aparecieron en mi habitación lucían igual que cualquier otro, pero enseguida me explicaron que venían del futuro y que no podían cambiar nada de mi presente o el futuro se trastornaría. Como si se desprendieran de un secreto, me dieron una foto tridimensional. Me dijeron: «Ese eres tú de anciano, serás así dentro de cincuenta años». Los abracé emocionado. Nunca más volvieron. A veces temo que aquel regalo y ese abrazo hayan podido alterar de tal manera el futuro que, por ese motivo, mis nietos no llegaron a nacer.

15

Era la primera vez que aquel hombre entraba a una iglesia. Toda su familia había sido de ateos militantes, salvo una tía segunda que se había metido a monja por despecho y de la que abominaron como de un engendro. Abrumado, había vagado por las calles durante horas y, cuando estaba por derribarse, la iglesia le pareció de pronto un buen refugio. Sentado en una banca empezó a sentirse cada vez más ridículo. Estaba a punto de levantarse cuando escuchó una voz que retumbó en el cascarón vacío de la iglesia. El hombre tembló de miedo ante aquel «Hola» de tenor y, a su manera, oró con todas sus fuerzas hasta que sintió que un fardo se le quitaba de encima. Al disponerse a salir, escuchó de nuevo la voz resonando en toda la iglesia: «Hola... Hola... Probando... Probando...».

16

La belleza de aquella mujer había sido su perdición, pues, desde cuando era pequeña, nadie pudo negarse a uno solo de sus caprichos. Le decían «ángel» y daba la impresión de que, a su paso, una alfombra de luz se desplegaba bajo sus delicados pies. Muchos «mortales», deseosos de amar a un «ángel», cayeron de cabeza en el helado remolino de su vanidad. Pero esa mujer que no parecía de este mundo envejeció sin remedio y su verdadero rostro emergió. Ahora en el barrio los chiquillos le gritan «demonio».

17

Él se dedicaba a inventar fábulas y, a lo largo del día, intentaba contárselas a los que pasaban por el camino, pero nadie se detenía, pues nadie, al parecer, quería escucharlas. Un día descubrió la causa de tanta indiferencia cuando escuchó que un niño le decía a otro: «¿Sabes la triste historia del fantasma que inventa fábulas e intenta contárselas a los que pasan por el camino?».

18

Apenas la mujer lo vio con esos enormes ojos tristes, ella supo que este sí le sería fiel, que él estaría siempre que lo necesitara, que podría acariciarlo sin que protestara, que sería feliz con cualquier cosa que ella le sirviera, que la acompañaría solamente a donde ella quisiera que la acompañara. Y, claro, que movería la cola al verla llegar.

19

El hombre se afiló los colmillos y salió en busca de sangre. A las tres de la mañana ya había bebido de una mujer ebria que se quedó dormida en un parque. Antes del amanecer, se metió en la profunda oscuridad de su casa. Hacía siglos que no sentía semejante borrachera; reía solo, caminaba tropezándose contra las paredes, incluso se cayó de la viga y, eufórico, por error, abrió la puerta de la calle al mediodía.

20

El exhibicionista abrió su abrigo negro y la reacción fue inmediata: insultos, risas nerviosas, gestos de alarma, de asco, de vergüenza. Él estaba acostumbrado. Sucedió cada vez que sentía la compulsión de mostrar, sin ningún pudor, su corazón.

21

Lo primero que vimos fue una de sus manos con las falanges dobladas en forma de garra, luego su cráneo con el parietal derecho fragmentado en tres partes, lo último que emergió de entre la tierra negra fueron sus tibias, pues, por más que escarbamos en los alrededores, sus pies no aparecieron; especulamos que se los habían cortado de forma premeditada y que era probable que hubiera sido víctima no solo de asesinato sino, además, sufrido un macabro ritual de cercenamiento. Me estremeció ver su mandíbula abierta como si el final le hubiera sorprendido en medio de un largo aullido de dolor.

Hay que saber qué pasó, me angustié, cómo fue que le mataron. «Algunas cosas es posible saberlas, por supuesto, pero otras solo quedarán en el ámbito de la conjetura», dijo el profesor con tranquilidad, sin reparar en mis lágrimas. «Al fin y al cabo, lleva bajo tierra no menos de tres mil años», concluyó.

19

22

Ella se había comido ya doce chocolates rellenos con manjar y nueces cuando no eran todavía las once de la noche del 2 de enero. Y la noche anterior, se había levantado en la madrugada por un poco de pizza y algo de ese pastel de frutas enconfitadas que le regaló su madre. Por lo visto, sus débiles promesas de fin de año no habían podido contra la tentación de semejantes delicias. La mujer se prometió entonces que, al año siguiente, prometería no prometer nada.

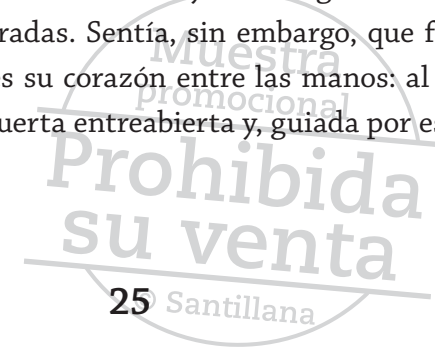
23

¿Será amor lo que ella siente? No está segura, pero no puede dejar de pensar en él, de soñar, dormida y despierta, con sus ojos profundos. Una noche de insomnio, toma la novela que reposa sobre el velador. La ha comprado meses atrás y nunca la ha abierto siquiera. Para su sorpresa, trata sobre una mujer embrujada por un hombre de mirada profunda. Al final de la historia, desesperada, la mujer asesina al objeto de su obsesión. Cuando la policía revisa su cuarto, encuentra la novela sobre la cama.

24

El taller al que ella había asistido ese fin de semana consistía en un *striptease* emocional. Al llegar su turno, se sacó los zapatos con los que había trajinado caminos de fango, la

vieja blusa desgarrada por manos agresivas, el pantalón deshilachado de tanto arrastrarse y esas bragas manchadas de pasiones encontradas. Sentía, sin embargo, que faltaba algo. Tomó entonces su corazón entre las manos: al fondo de este había una puerta entreabierta y, guiada por esa luz, por fin salió.



21

Hace tres años que empezó todo: el chip debería instalarse en la base del cráneo de los expresidarios y, de esta forma, se sabría con exactitud dónde estaban, a qué hora y durante qué lapso de tiempo. El chip tendría, además, un dispositivo que permitiría escuchar sus conversaciones y, de ser necesario, activar una descarga eléctrica que lo paralizaría acaso para siempre. La sociedad, harta de tanta delincuencia, respiró aliviada. Más tarde, se obligó a colocar el chip a todos los que, por así decirlo, desarrollaban actividades delicadas, como estar a cargo de la caja de un banco o de trámites aduaneros o del cuidado de niños. La sociedad volvió a respirar aliviada. Entonces se creyó necesario que todo ciudadano debía portar el chip para así vigilar y prevenir la comisión de las más diversas irregularidades. La sociedad volvió a respirar aliviada. Ahora, tras meses de escapar junto a los últimos disidentes, he sido capturado en las montañas, y pronto nos colocarán los chips en el cráneo. La sociedad espera en vilo este acto para, al fin y de una vez por todas, respirar aliviada.

26

Unas personas extrañas la condujeron a un sitio desconocido; una vez ahí, la trasladaron a una habitación, mientras se dirigían a ella con una familiaridad que le resultaba molesta. Un hombre de bata blanca la auscultó y la llamó por un nombre ridículo que ella no quiso rectificar porque pensó que no valía la pena. Lo único que se le quedó grabado fue ese apellido alemán tan raro. Pero enseguida lo olvidó.

22

27

El juez del Supremo se despertó sobresaltado. A un costado de la cama estaba Federico García Lorca, mirándolo. El juez lo reconoció de inmediato. «¿Qué haces aquí?», dijo, al borde del pánico. Federico no contestó. «Nos hemos negado a revisar tu juicio porque eso es cosa juzgada y no hay que jugar con la historia», balbuceó. Federico levantó la mano. «No me hagas nada», tembló el juez. «Usted es solo un mal verso», dijo el poeta, y lo borró.

28

Le decíamos Capitán Garfio porque el pobre hombre tenía una mano con un solo dedo, con el que nos devolvía, mediante un gesto obscuro, nuestra crueldad de niños. No tenía más de cuarenta años, pero parecía de sesenta,

o acaso más. Contaban los mayores que al hombre le había sucedido de todo: huérfano desde pequeño, reventado a palos por una tía que se hizo cargo de él, devuelto por el ejército cuando una granada estalló cerca de su mano y, que supiéramos, nunca una mujer se fijó en él, ni siquiera como amigo. Al final, tras una larga crisis, el Capitán Garfio terminó en un sanatorio para enfermos mentales. Solo entonces se descubrió que en la pocilga donde vivía guardaba un parche, una gorrita con un cráneo cruzado por dos tibias, fotos de barcos piratas recortadas de revistas y un pequeño afiche, de cuando éramos niños, tomado del anuario de la escuela. Desde el día en que me enteré, lo he ido a visitar periódicamente al sanatorio, para llevarle dulces y sobre todo compañía. Pero no he sido el único: muchos conmovidos por ese naufragio de la vida han viajado desde los lugares más lejanos para visitar al Capitán Garfio, como si se tratara de su propio padre.

23

29

El tipo le tenía tanto miedo a la poesía que nunca escribió una sola metáfora, mucho menos una hipérbole o un palíndromo; ignoró su hambre de metonimias, su sed de retruécanos, sus ganas de acariciar una sinestesia o de intentar una prosopopeya. Murió con el corazón atravesado de pequeños epítetos e ironías. Su última palabra fue un «adiós» simple, con serio temor de que, en el fondo, fuera un pleonasma.

30

El marido salía del motel acompañado de su secretaria, cuando vio con sorpresa que el auto de su esposa entraba. «Te descubrí, desgraciado», gritó enseguida ella. «Y mira... hasta traje un testigo».

31

24

Éramos tres, número mágico. El plan consistía en atrapar ladrones *in fraganti* en los días previos a la Navidad. Todos habíamos sido asaltados varias veces, así que decidimos hacer justicia por nuestra cuenta. La interpretación de Isabela era extraordinaria: disfrazada de viejecita, nadie diría que solo tenía 23 años. La idea era que se mostrara como la típica víctima fácil que caminaba desprevenida por las calles atestadas, llevando bolsas enormes en las manos. Martín y yo la seguíamos a poca distancia, hasta que algún ladrón se abalanzaba sobre ella. Entonces Martín entraba en acción con su experiencia en artes marciales, mientras yo sacaba el paralizador. Entre ambos, los reducíamos en cuestión de segundos y enseguida llamábamos a la policía. Esa era, digamos, nuestra «diversión navideña», que a veces duraba hasta comienzos de enero.

Nunca imaginamos lo que sucedería la Nochebuena del 2007. En una esquina se hallaba, lo reconocimos enseguida, un hombre que habíamos ayudado a arrestar el año anterior. Su rostro nos resultaba inolvidable porque, mientras hacíamos la denuncia, juró a gritos que se vengaría de no-

sotros. Sentí un latigazo helado subiéndome por la espalda cuando lo vi avanzar hacia Isabela con algo en la mano. Martín, también sorprendido, tardó en reaccionar. Las piernas me pesaban como si estuviera dentro de una pesadilla. Todo sucedió demasiado rápido y, en un segundo, vi a Isabela darse vuelta con el rostro desencajado, al tiempo que el hombre se escabullía entre la multitud. Nos acercamos angustiados para socorrerla. Para nuestro asombro, no tenía un solo rasguño. Nos abrazamos temblando, al borde del llanto. Isabela entonces levantó la mano, en ella tenía una carta arrugada. La leímos ahí mismo, en medio de la avalancha de gente. En ella, con letra menuda, el hombre nos agradecía por haberle cambiado la vida.

25

32

Él la recostó sobre la cama y empezó a desvestirla lentamente. Una vez más, esa noche la amó de la manera en que a ella le gustaba ser amada, con una mezcla de caricias tiernas y movimientos broncos, con gritos y susurros, con lengüetazos hambrientos, mordiscos dolorosos y besos semejantes a cosquillas en el vientre. Cuando todo terminó, él deseó con todas sus fuerzas que, al menos una vez, ella en verdad estuviera allí.